

Caja de música

Silvia Molina

Narradora, ensayista y editora, Silvia Molina, autora de libros como Muchacha en azul, El amor que me juraste y La familia vino del norte, se sumerge en este relato en el mundo de la infancia a partir de la historia de una caja de música y la relación entre dos hermanos.

Era una caja cuadrada y alta, idéntica a la de su madre. La recordaba con nitidez, aunque había olvidado aquellas escenas, que ahora habían vuelto a él, de golpe, llenándolo otra vez de resentimiento.

Por un costado tenía oculta una palanca que se accionaba de un lado a otro para darle cuerda; y enseguida, el mecanismo hacía girar un disco de metal. Si Ricardo insistía, su padre lo dejaba escoger entre diez discos agujereados, cuyas aberturas quedaban expuestas en el reverso como si fueran los dientes de un peine desigual. Brotaba la melodía cuando los dientitos pasaban por los remaches que daban vueltas en un cilindro.

Por aquellos días su hermano gemelo, Miguel, vivía intrigado por el mecanismo de la caja de música: quería abrirla, como había abierto el reloj despertador y la plancha a pesar del castigo que le dio su padre cuando echó a perder la televisión. Escuchaba dentro de él una voz que le pedía descubrir las entrañas de la caja de música y conocer el interior de la computadora. Estaba esperando el momento en que su padre no estuviera en casa, para quitarle los tornillos y ver su corazón. Nadie lo iba a notar, le decía aquella voz que lo orillaba a abrir el mecanismo de las cosas. “¿Cómo será por dentro?”. Era la obsesión de Miguel.

—Un mal hábito que hay que corregir —decía su padre.

Esa semana le habían entregado a su madre, como herencia, la caja de música y un aguamanil de Limoges. Una tía del lado materno le había prometido esos objetos que nunca salieron de la familia.

Desde que Miguel la vio, aquella voz le exigía saber qué misterio hacía girar el cilindro y por qué surgía la música. ¿Cómo era posible que unas notas tan claras salieran de un pedazo de metal?

Por esa razón su padre la guardó bajo llave.

—Es una antigüedad, Miguel. ¿Entiendes?

Estaba fechada en la base: 1869.

—Del siglo XIX, ¿te queda claro?

Una Symphonyon, alemana. Había sido de la familia desde que llegó en un barco a Veracruz. Fue a dar a la casa de la madre de la tatarabuela y luego a ésta y después llegó con la bisabuela y la abuela, y finalmente la tuvo la tía, porque era la hija mayor.

Había ido pasando de mano en mano hasta llegar a las de su madre, intacta, explicó a Miguel su padre. La madera laqueada conservaba el brillo, los discos no se habían pandeado, giraban a la perfección emitiendo una música nítida y transparente.

En cambio a él, a Ricardo, el hermano menor, porque había nacido veinte minutos después de Miguel, le gustó la caja simplemente por la música, porque soñó con ella, porque la podía repetir con los ojos cerrados y aun escucharla: do-do-mi-sol-sol-mi-mi-do-do / do-do-mi-sol-sol-fa-fa-re-re...

Claro que sabía las notas, las conocía de atrás para adelante porque había empezado con la armónica, como un juego, seguido con la flauta, por la escuela, y estaba con el piano, en la casa de la cultura. Anhelaba un piano, un lujo que su padre no podría darle nunca.

A Ricardo se le pegaban las melodías. Era una obsesión tratar de entenderlas. Tamborileaba los dedos en la mesa. A su mamá no le hacía gracia.

—Ya. Deja de estar tocando y come.

De bebé, ella lo había descubierto una mañana quieto en la cuna. Sentado en una esquina sin moverse, escuchaba el disco que había puesto su padre.

—Mauricio, ven —salió de puntitas—. A Ricardo le gusta Mozart. Es increíble, está escuchando la música.

Había que cultivarle ese don, por eso, entre otras razones, le agradeció a su tía aquel regalo. Lo quería para Ricardo, porque sabría apreciarlo cuando fuera mayor, como ahora.

—No cabe duda: tenemos un ingeniero y un músico —decía la madre, a quien le costaba trabajo su educación individualizada—. Se parecen tanto y tienen una relación tan estrecha, que si no fuera por sus inclinaciones, serían idénticos en todo a pesar de nuestro esfuerzo.

Era verdad, Ricardo se sorprendía a sí mismo tarareando melodías que había escuchado una sola vez en cualquier parte, a cualquier hora; y mientras las tarareaba, iba colocando las notas en un pentagrama imaginario.

A Ricardo, el mecanismo de la caja de música lo tenía sin cuidado. Ni siquiera se le ocurría atisbar el cilindro dando vueltas; y no necesitaba leer en alemán para escoger el disco que tenía una mancha diminuta cerca del centro, o el que estaba ligeramente oxidado en una orilla. Aquellas notas le entraban en alguna parte del cuerpo y lo emocionaban. Le daban placer, tranquilidad, alegría.

Esa mañana cuando regresaron del colegio, mientras su madre los llamaba a comer, Miguel y Ricardo jugaron fútbol en el patio. Su padre no regresaría del trabajo sino hasta tarde. No había por qué apurarse. Comie-

ron y cuando Ricardo se preparaba para ir a la clase de piano, vio a Miguel rondando la computadora.

—Ni se te ocurra, te acuso con mi mamá.

Entonces llegó el primer manotazo y se liaron a golpes hasta que ella llegó.

—Basta —gritó separándolos.

Pararon la pelea.

—Miguel quiere abrir la computadora.

—Ricardo es un mentiroso. Siempre dice mentiras.

—Trae el desatornillador de cruz. Mira.

La madre vio. Le pidió a Miguel que se lo entregara y mandó a Ricardo a lavarse los dientes para que se fuera a su clase de piano. Luego sentó a Miguel en la cocina y habló con él. Era interesante que tuviera curiosidad. Pero a sus años podía ser hasta peligroso. ¿No le habían bastado los castigos del padre? Le ofreció enviarlo a un taller. Le pediría al abuelo que hablara con el relojero. Le resultaría estimulante entrar de aprendiz, guiado por alguien; pero no debía ir por la vida abriendo todo, y peor aún, quedándose con piezas sobrantes cada vez que cerraba un aparato.

Miguel dijo que entendía, que no volvería a acercarse a la computadora para “inspeccionar” su funcionamiento.

La madre quedó satisfecha y volvió al quehacer.

Ricardo regresó de la clase de piano y se encerró en su cuarto a hacer la tarea. No se dio cuenta de que Miguel andaba por allí haciendo de las suyas. No se imaginó que su gemelo hubiera sucumbido ante esa voz que le exigía abrir los objetos. Había encontrado la llave del clóset y sacado la caja de música.

Ricardo no escuchó ni una nota. Cuando abrió la puerta para ir al baño, presintió un movimiento extraño en el cuarto de los padres, como si alguien se hubiera escondido detrás la puerta. Se acercó intrigado y vio en el suelo, rota, la caja de música, porque al no salir el rodillo Miguel había hecho cuña con el desatornillador hasta romper la madera. No pudo ver el interior de la caja ya que estaba ensamblada y pegada. Y como aquella voz le exigía seguir adelante, rompió una pared lateral, la de la palanca.

Ricardo se quedó sin habla mientras Miguel salía corriendo del cuarto.

Observando el aparador de la tienda de antigüedades, recordó que todavía aturdido por la destrucción, alcanzó a oír a su gemelo que gritaba conforme iba bajando a toda velocidad la escalera:

—¡Mamá, mamá! Ricardo cogió la llave del clóset, sacó tu caja y la rompió. Dice que me va a echar la culpa para que no lo regañes, porque en esta casa quien rompe todo soy yo.

Fue sólo un instante: una revelación. Vio en aquella otra caja la ruptura: la que separó dos vidas casi idénticas que hasta entonces habían caminado como un concierto de piano a cuatro manos. **U**

